

Semiótica de los Medios II

Curso de Verano 2022

Teórico 2

La semiótica de Peirce

Amparo Rocha Alonso

¡Hola! Al final del T. 1 les dejé un cuadro con algunas diferencias básicas entre la Semiología, de inspiración saussureana y la Semiótica de Peirce. Ante todo, hagamos dos aclaraciones: por un lado, que es probable que materias que se llamen Semiología o Semiótica tengan contenidos de ambas: por ejemplo, en Semiología del CBC de la UBA es común que se destine parte del programa a Peirce; por otro, que se usa el término semiólogo/a para todo aquel que se dedique a cualquier estudio semiótico

Teníamos, por un lado, que la Semiología, término que inventa Saussure a partir de *sema-semeion* (signo) y *logos* (estudio), proviene de la lingüística, es binaria en todas sus conceptualizaciones, basada en la noción de sistema de signos (conjunto organizado de unidades significativas biplánicas, que se mueven en base a ciertas reglas), inmanentista, con un modelo de signo en producción: algo es signo porque ha sido concebido convencionalmente para significar y para comunicar algo.

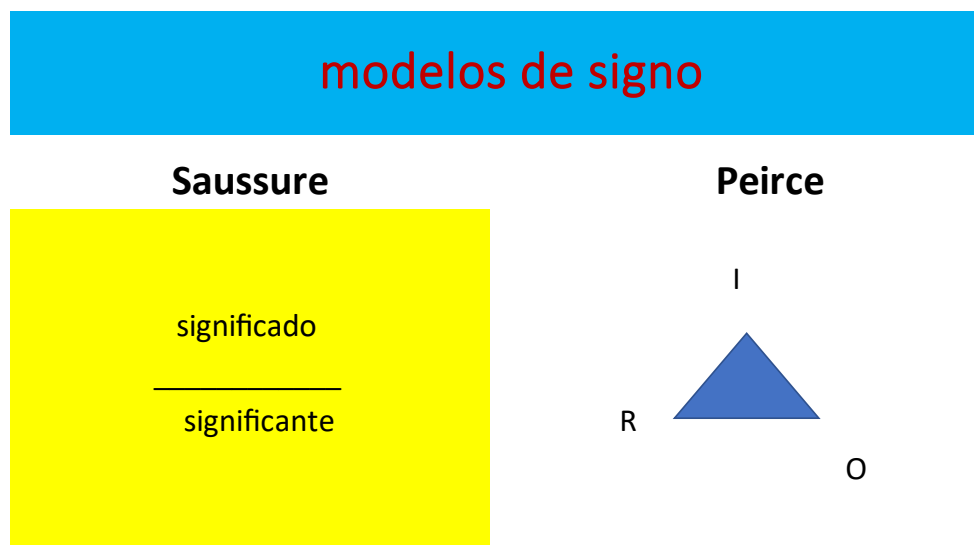
La semiótica de Peirce es ternaria, basada en una noción de proceso, de acción, la de **semiosis**, con un modelo de signo en el polo de la interpretación: cualquier cosa es signo de otra en tanto se la interprete como tal. Aquí hablamos de significación; la cuestión comunicativa no tiene lugar en este modelo.

Cuando se pasa de los estudios lingüísticos, de la semiología y del estructuralismo a la semiótica peirceana hay que cambiar de chip, por así decirlo. Para alguien acostumbrado a pensar en términos de sistemas de significación, de unidades por niveles es chocante que, por ejemplo, una palabra sea un signo, pero también lo sea un libro. Si lo pensáramos semiológicamente, el libro -un texto- abarca a la palabra y por ello está en un nivel más comprensivo. No pueden tener el mismo estatus. Pero sí para Peirce, lo mismo que un razonamiento, un olor, un sentimiento provocado por una música, un barómetro o una fórmula algebraica. Esto es así en la semiótica de Peirce, la palabra, la oración, el libro, son signos, porque en definitiva todo es -o puede ser- signo si es interpretado como tal. El universo entero se nos manifiesta significativamente, es el modo que tenemos de acceso a la realidad. Y esos signos no son una capa que oculta otra cosa -la cosa en sí, una esencia-: son lo que hay.

Otra aclaración: Peirce es contemporáneo de Saussure. El primero nace en EEUU en 1839 y muere en 1914; el segundo nace en 1857 y muere un año antes, en 1913. Uno, un lógico estadounidense, el otro un lingüista de Ginebra. No hay datos de que hayan tenido conocimiento del otro, por lo que no es que Peirce vino a superar o a corregir o a refutar las teorías de Saussure. Simplemente, desde el punto de vista de algunos

autores posteriores, entre ellos Verón, su modelo es más útil a la hora de enfrentar la diversidad de objetos significantes que nos rodea y que no sean la Lengua. Yo les había comentado que Barthes, Metz y otros comenzaron a verse en figurillas a la hora de analizar, por ejemplo, la imagen. Barthes muy tempranamente (1962) dice “la imagen es continua” (no discreta o discontinua), o sea, no está compuesta de unidades separables entre sí y combinables. Gran problema semiológico: la imagen no tiene código, no hay sistema de la imagen. Él lo resuelve apelando a un código de connotación (por ejemplo, que en una imagen el color rojo signifique “pasión”). Del otro lado del Atlántico, los investigadores de Palo Alto que quisieron codificar el cuerpo en *kines* o unidades de movimiento se encontraron con el mismo escollo: el cuerpo, el movimiento son continuos, no discretos. Finalmente abandonaron el proyecto por inviable. En el caso de Verón, él dice que el modelo ternario de la significación (Frege, Peirce) permite dar cuenta de dos problemáticas fundamentales para su interés teórico (el de un sociólogo, en principio): *la construcción social de lo real* y *la materialidad del sentido*.

Bueno: veamos las diferencias en sus modelos de signo:



En cuanto a los modelos de signo, en Saussure teníamos un signo lingüístico, que luego fue aplicado con diversas suertes a códigos y sistemas más complejos de significación. Una entidad psíquica de dos caras: una imagen acústica o significante y un concepto o significado. Por ejemplo: la cadena fónica “p-u-e-n-t-e”, asociada a un concepto (la idea de lo que es un puente), esto para un hablante del castellano, que tiene en su cabecita el conjunto de convenciones que constituyen la Lengua.

¿Cómo sería el mismo ejemplo desde el punto de vista de Peirce? Algo que está en lugar de algo y que determina en alguna mente un signo equivalente o más

desarrollado. Ejemplo: tenemos un representamen, la cadena fónica “p-u-e-n-te” que está en lugar de una idea, la idea de lo que es un puente, ese es el objeto, y en una mente, por ejemplo, la mente de un hablante del castellano aparece “puente” o incluso algo más desarrollado, por ejemplo, la idea de mediación. Ahora, una japonesa que no habla castellano puede oír “p-u-e-n-te” y en su mente puede pensar “sonido inarticulado”, “palabra en otro idioma”, “esta es una palabra en castellano, pero no sé lo que significa”. Esos son interpretantes. Y objetos. Como se darán cuenta, el objeto de un signo depende de la interpretación. Recuerden de ahora en más que objeto no significa “cosa”, sino simplemente algo representado por otra cosa. Y que interpretar significa poner en relación dos cosas (un 1°-el representamen y un 2°-el objeto). Y que toda interpretación se da a partir de conocimientos anteriores, o colaterales. En este caso, conocer el castellano, o, en el caso de la japonesa, vieron que hay grados: saber cómo suena el castellano, pero no conocer ese signo en particular, saber que hay idiomas y que esa es una palabra de alguno, saber que los seres humanos emitimos sonidos. En todos los casos hay signo, significación, aunque sea mínima, vaga, como cuando vemos algo que se recorta contra un fondo (figura-fondo es una operación cognitiva) y pensamos “eso es algo”, “ahí hay una cosa”.

Veamos otros ejemplos: alguien ve un mapa de EEUU y piensa “así es EEUU”. Mapa: representamen de la forma del territorio de un país (O) y ese pensamiento “así es EEUU” es el I. Para poder hacer esa relación debo tener varios conocimientos (lo que es un mapa, que es de EEUU o saber leer si lo dice, etc.). El interpretante puede ser equivalente, pero también conllevar algo más (ser más desarrollado), por ejemplo, que ver ese mapa desencadene una serie de contenidos relacionados con EEUU: desde prosperidad, grandeza hasta imperialismo, belicismo, racismo, etc.

Otro ejemplo: entro a mi casa y percibo un fuerte olor a quemado y pienso “alguien dejó algo en el horno y se olvidó de apagarlo. Tenemos el olor (R), ese algo que está supuestamente en el horno y que se quemó (O) y mi idea resultante (I). La clase que viene, veremos esto con más detalle.

En cuanto a la bibliografía, ustedes leerán en prácticos unas cartas a Lady Welby. Por nuestra parte, tenemos una serie de fragmentos, de los cuales seleccionaremos los pertinentes para el enfoque del Programa. Los demás, quedarán para ustedes como dato contextual, para que adviertan el nivel de sutileza y complejidad lógicas que él manejó a lo largo de su vida. También leeremos el texto “La fijación de la creencia”, sobre el tema de la verdad pública y la creencia, muy importante para verlo luego en la TDS de Verón. Entre teóricos y prácticos iremos armando el rompecabezas; verán que se repiten los conceptos, con variaciones: es lo que hizo Peirce a lo largo de 50 años, volver sobre lo mismo para decir algo un poquito nuevo, como una semiosis de su propia teoría.

Les decía que Peirce escribió a una mujer excepcional, una lingüista inglesa, Lady Viola Welby, una mujer aristocrática (no necesitaba trabajar para mantenerse) con la que

Peirce dialogaba de igual a igual de temas teóricos y que, por lo que se ve por los dichos de Peirce, estaba mejor posicionada que él en el campo intelectual correspondiente, con sus mecanismos de legitimación. En muchas ocasiones lo vemos a él en situación de espera, de que lo publiquen, de obtener un trabajo intelectual bien remunerado.

Esto merece una explicación: Peirce nació en una familia intelectual de Nueva Inglaterra, Estados Unidos, a cuya casa concurría la crema científica y literaria del momento. Su padre era un matemático brillante y reconocido, además de Rector de Harvard. Muy pequeño, Charles recibió una educación familiar rigurosa en lo que llamamos “ciencias duras”: álgebra, lógica, física, química, y en filosofía (Kant, los empiristas ingleses, “cuyo único defecto es ser extremadamente nominalistas”, los filósofos medievales) y se destacó prontamente entre sus pares. Por otro lado, su carácter difícil, su excentricidad y su negativa a conceder lo mínimo a colegas y alumnos (se ve en las cartas a LW: “sí, sí, pero...”) lo fue alejando de un destino de grandeza, por así decirlo, en el mundo académico e intelectual, de tal modo que siempre vivió de un empleo que le consiguió su padre, en el Servicio de Costas, modestamente y en las últimas décadas, alejado de los centros de conocimiento, escribiendo artículos a pedido de enciclopedias filosóficas, revistas, etc. Y redactando una monumental obra fragmentaria que nunca se publicó como “Semiótica de Charles Sanders Peirce”. Como dato de color que ayuda a entender al personaje, él estuvo casado con Harriet Melusina Fay, una excéntrica mujer de su entorno social, feminista y nativista. Esto último quería decir “América para los nativos”, es decir, para aquellos descendientes de los ingleses que en el siglo XVII fundaron colonias en el este de EEUU; detestaba a los irlandeses, a los judíos e italianos, los negros estaban bien en su lugar (como gente del Norte lucharon contra los esclavistas, pero no significa que fueran abolicionistas de corazón)...¿Y los nativos? ¡Bien, gracias! Cuento esto para describir a esta mujer, pero también para que se entienda uno de los nudos ideológicos de ese país tan complejo que es Estados Unidos, del cual surgen el rock’roll, la hamburguesa, el jean y Peirce, entre otras mil y una cosas.. En fin, Peirce luego se divorció de ella y se casó con una francesa de oscuro pasado (así la veían): Juliette Froissy Pourtalai, que lo sobrevivió 20 años. Su divorcio y nuevo casamiento fueron un escándalo en la sociedad puritana y muy convencional en que vivía. A partir de eso, sumado a su personalidad “disfuncional” nunca más hizo pie en el mundo académico y se le cerraron muchas puertas. En 1907 fue descubierto en una pensión en la pobreza, adicto a la morfina, que le calmaba sus dolores. Su amigo William James organizó una colecta para ayudarlo y con eso y el pago de alguna publicación pudo mantenerse en su granja de Pennsylvania hasta su muerte. Tanto Peirce como James, Dewey y Oliver Wendell Holmes son considerados los padres de la única corriente filosófica auténticamente estadounidense: el Pragmatismo, pero estaríamos equivocados si pensamos que hubo un grupo homogéneo. De hecho, Peirce, se nombró “pragmaticista” para no coincidir con James, un pragmático. Más bien sí estos hombres coincidían en cuanto a algunos fundamentos comunes, provenientes de una tendencia muy anglosajona a centrarse en la praxis, la acción, la conducta, la eficacia,

la eficiencia, la operatividad. Ya en el siglo XX, tanto en Reino Unido como en EEUU se desarrollaron sendas pragmáticas: la Teoría de los Actos de Habla y la Escuela de Palo Alto respectivamente, aunque ninguna tomó la teoría de Peirce. Como ven, hay distintos acercamientos a la praxis, y todos vienen del mundo anglosajón.

Bueno, tras esta breve presentación, vayamos a los fundamentos de su Semiótica, que es “otro modo de llamar a la lógica, como doctrina cuasi-necesaria o formal de los signos”. Esta semiótica va de la observación de lo que los signos son o deben ser a una abstracción y generalización. El saber no es ni llegará a ser absoluto, por ello la doctrina es “casi” necesaria. El saber absoluto, la verdad absoluta son privilegio de Dios, no de los hombres, que viven en un mundo de verdades relativas. Asimismo, en opinión de Peirce - no de otros pragmatistas como William James- el conocimiento va perfeccionándose a lo largo del tiempo, en un ensayo y uso colectivos (por ensayo y error). El interés filosófico de Peirce es el conocimiento humano como tarea colectiva a lo largo del tiempo; los signos, el pensamiento científico y lógico -el más alto grado de pensamiento- sirven a la acción humana sobre el planeta, sobre la comunidad, sobre uno mismo (“El hombre es un signo”, dice) y si hay alguna idea (signo, concepto, pensamiento son equivalentes) que se revela mejor que una anterior, toma la posta y adelante. Peirce habla de “ir quitando velos”, hay una confianza positivista en la razón lógica, hay una “teleología de la razón” (del griego “telos”: fin, finalidad, objetivo,). El conocimiento avanza refinándose, pero, por definición, nunca se alcanzan el saber, la verdad absolutos. Por ello, la semiosis (esa acción trirrelativa entre un R, un O y un I) es ilimitada o infinita: siempre hay una posibilidad más de representar e interpretar algo. La cadena del sentido no se clausura totalmente.

Hay que decir que todo el edificio teórico de Peirce se sustenta en tres categorías, las de Primeridad, Segundidad o Alteridad y Terceridad. Esta cuestión de las categorías le viene de su formación kantiana y de Hegel también. De hecho, tienen fuertes resonancias de las Tesis, Antítesis y Síntesis de Hegel, y él lo reconoce. En las cartas 1 y 3 que ustedes leerán en prácticos Peirce se explaya sobre estos tres Universos con ejemplos. No es fácil adentrarse en ese pensamiento, sino que progresivamente uno va encontrándole la lógica. Por ello es que hay términos-conceptos-clave para cada una: si se entienden, uno va comprendiendo que cualquier elemento de su teoría se corresponde con una de estas categorías o con dos a la vez. Empezando por el signo, una tríada genuina (sus tres partes no pueden descomponerse en díadas, lo mismo que en el signo saussureano sdo. Y ste. son solidarios entre sí: es una díada genuina), compuesta por Representamen, Objeto e Interpretante. Un signo -un tercero- hecho a su vez de terceros, ya que R, O e I son también signos. A su vez, el R es un Primero, el O un Segundo y el I un Tercero. Oscar Traversa hablaba de la semiosis como de estructura fractal: a nivel macro o micro vamos a encontrar estas tríadas. En el cuadro siguiente tienen las palabras- clave, todas tomadas de los textos de Peirce.

categorias

PRIMERIDAD	SEGUNDIDAD	TERCERIDAD
qualidad	cosas-existentes	signos
posibilidad	sucesos	ley
vaguedad esencial	acción-reacción	pensamiento
	esfuerzo-resistencia	hábitos
	experiencia	
positividad	oposición	
	singular	general

Vayamos a un ejemplo: una cualidad, la “rojidad”, es decir, algo que se puede predicar de algo: “esta manzana es roja”, “manzana roja”, puede pensarse como una pura posibilidad positiva de aparición. Como cualidad, es mera posibilidad, y en ese sentido, no se opone a nada. Cuando se encarna en un objeto (las libreas reales, una manzana), allí ya forma parte de una cosa, objeto al que le suceden cosas. Pero esa cualidad tiene un modo de ser *independientemente de estar encarnada en un objeto y de ser percibida por una mente*. Como cualidad monádica, es vaga: lo rojo tiene matices, grados y en un momento pasa a ser naranja, rosa o violeta. Cuando se encarna, pierde esa vaguedad, ya que pertenece al mundo de la Segundidad, del aquí y ahora, de los existentes, cosas y sucesos, acaecimientos, ocurrencias. Por ejemplo, una manzana roja se pudre o se cae del árbol o es cortada. Un enunciado es una ocurrencia: se dice en un lugar y un tiempo, lo dice alguien para alguien. Los existentes ocupan un lugar en el espacio y un momento en el tiempo. Se oponen entre sí, son individuales, singulares, funcionan por acción y reacción, por esfuerzo y resistencia, generan una experiencia en una mente. El mundo físico es el mundo de la Segundidad. En él hay singularidades, nunca algo general.

Y aquí viene lo propiamente humano: la capacidad de generalizar. Les pido que para este tema lean un hermoso cuento de Borges, “Funes el memorioso”. Aquí no nos importa tanto la cuestión de la memoria, sino el percibir y el pensar. Funes, un paisano uruguayo tiene una capacidad que podríamos llamar supra e infrahumana. ¿Por qué? Porque él es capaz de recordar -percibir, pensar- cada cosa y suceso en su estricta singularidad: cada amanecer, cada atardecer, cada pelo de cada caballo son únicos para él. Es una capacidad ciertamente sobrenatural, pero Funes no puede hacer algo que es propio de nuestra especie, así es como pensamos y operamos sobre la realidad: Funes *no puede generalizar*, vale decir, meter cosas o sucesos que guardan una cierta regularidad en cajitas (amaneceres, atardeceres, pelo de caballo). Borges, que no leyó a Peirce, pero sí mucho a Hume, Berkeley otros empiristas ingleses, está fascinado con estos temas. Levi Strauss dice que la operación antropológica

madre de todas es *la clasificación*; los criterios pueden ser variados (puedo guardar medias, bombachas, remeras y pantalones en distintos cajones o puedo guardar todo lo verde, todo lo blanco, lo rojo etc. en cada cajón, o lo de lana, lo de algodón, lo de seda, etc.). Es una operación básica que responde a un principio de economía: tengo que reducir la entropía, el caos, y para ello meto en diferentes *clases* las cosas que tienen algo en común. “Pensar es olvidar diferencias”, dice Borges en “Funes...”. Así es como los humanos pensamos. Así es el pensamiento lógico, que nos trajo hasta acá. Ojo: no es el único modo de pensar que tenemos: somos analíticos y sintéticos, organizados y derivantes. Cada hemisferio cerebral participa mayoritariamente de una de estas formas. Como buen positivista de su época, Peirce valoraba el pensamiento racional, lógico. Por todo lo que explicamos antes podríamos decir: Funes vivía en un mundo puramente segundo, no era capaz de pasar a la Terceridad. Así como Borges, otro escritor argentino, Ricardo Piglia, también imaginó algo parecido: un lenguaje que, como el río de Heráclito, nunca era el mismo, vale decir, tenía una palabra para cada singularidad. De nuevo, el lenguaje verbal, la Lengua, están hechos de una mayoría de palabras-clase y un pequeño conjunto de palabras que, siendo convencionales, nombran singularidades. Ejemplo: cuando digo “manzana”, “rojo”, “comer”, nombro cosas generales. Los escolásticos los llamaban “universales”. Pero para nombrar algo particular, singular, individual (un existente peirceano), debo decir “esta manzana”, o “esa manzana roja que ves *ahí* en la frutera”, o “el rojo de *esta* remera que *tengo* puesta” o “*estoy comiendo* una manzana riquísima”. Todas las marcas en cursiva remiten a una serie de palabritas de la Lengua, en este caso el castellano, muy pocas, que, siendo como toda palabra, convencionales, arbitrarias (Saussure), símbolos (Peirce) también son *índices*. *Son capaces de llevar la atención hasta algo singular*. Los nombres propios también hacen eso según Peirce: “La Plata” a una localidad, “Amparo Rocha” a una persona.

Tenemos entonces que el mundo de la Terceridad es el mundo del pensamiento, y ese pensamiento se da por signos. Esos signos son generales que nombran generales, son leyes (legisignos los llamaré en una de sus clasificaciones). ¿Y cómo surgen en una mente? Por *hábito*. El ser humano, de tanto ver que una esfera luminosa salía por cierto lado, se habituó y la nombró también: “amanecer”. Así como convención es la palabra clave en Saussure (en él arbitrariedad, la total convencionalidad, la falta de una ligazón natural y necesaria entre sdo. Y ste.), en Peirce la palabra clave es *hábito*, ya que no todos los signos son convencionales, aunque todos surgen por hábito.

En definitiva, Peirce trata de responder al interrogante kantiano de por qué ante una multiplicidad de estímulos: dorado, calor, celeste, etc. decimos “amaneció”, de cómo vamos de la multiplicidad a la unidad de la proposición. Peirce reelabora las categorías, pero generando una respuesta diferente a la kantiana: no hay distinción entre *fenómeno* o *fáneron* (lo que aparece ante la mente) y *noúmeno* (lo que es, la cosa en sí, el ser del ente, aquello incognoscible para Kant). Lo que hay son signos, semiosis: eso es lo que conocemos, no hay nada debajo. Si lo piensan, es una respuesta mucho más actual. En cita de una carta a LW (20/05/1911) dice Peirce: “Muestro hasta qué punto Kant tenía razón, aun cuando su razón se retorció en un formalismo. Es perfectamente cierto que no podemos alcanzar nunca un conocimiento de las cosas tales como son. Solo podemos conocer su aspecto humano. Pero este es todo el universo que existe para nosotros”

Ahora bien, ¿la Terceridad es un *ens rationis*, es decir, una construcción de la razón humana? No para Peirce. Si lo fuera, sería una teoría idealista, pero él se reivindica realista, postulando que el pensamiento está en el Universo, podríamos decir, en busca de mentes. En una de sus

definiciones de signo aparece el objeto buscando “el signo de su representación”. Incluso, a pesar de que el interés de Peirce es el conocimiento humano, su teoría es general, lógica y no psicológica y pensada para cualquier mente: una máquina, un animal, una planta también interpretan signos a su manera.

Bueno: toda esta cuestión tan filosófica corresponde al eje ontológico en Peirce (los modos de ser de las ideas, ya sean verdaderas, falsas o de cualquier naturaleza) y la desarrollo como introducción a los conceptos que nos van a servir para abordar una teoría discursiva sociosemiótica, no filosófica: la de Verón. Esos conceptos son **signo, semiosis, creencia, verdad pública, segunda Tricotomía**.

Para ello, me permito citarme a mí misma y les dejo un link de un texto mío escrito para introducir a Peirce en alumnos de Primer Año de una carrera de artes de la UNA, alumnos sin formación alguna en semiótica ni semiología. Creo que he sido clara y concisa. Los ejemplos y las actividades les sonarán escolares y lo son. Lo que me interesa es que lean la explicación, y para la clase que viene lo doy por leído, como parte del teórico. Esta en Bibliografía de referencia de la Unidad 1:

ROCHA ALONSO, Amparo (2007): “El signo peirceano”. Disponible en <http://semiotica2a sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/79/2022/01/Rocha-Alonso-ElSignoPeirceano-.pdf>

Nos leemos la próxima y no duden en consultar por el Foro del campus, que es un modo de socializar conocimiento, como plantea Peirce en “La fijación de la creencia”.

¡Saludos!